

La Universidad Nacional Autónoma de México como Casa de la Cultura

Lourdes Arizpe*

En la actualidad, los nuevos retos de México en el campo cultural se centran en las cuestiones de creatividad, identidad y nación, estética y política, sociedades y comunicación, y acceso a la información digitalizada. Estos retos forman parte de la transición civilizacional que nos afecta como comunidad cultural en un mundo globalizado, pero se enmarcan en un contexto político mexicano de alternancia y no de cambio. Esto significa que el cambio más profundo, en las ideas, en los valores comunes, en las interpretaciones que dan sentido a nuestra actuación como nación tendrá que constituirse fuera del campo gubernamental, en la sociedad civil, en las universidades, en las fuerzas sociales y culturales.

En este contexto, la Universidad Nacional Autónoma de México puede jugar un papel primordial como promotor de estudios y debates nacionales sobre la cultura y las prácticas más avanzadas y creativas en las artes. En este nuevo siglo, estos retos adquieren nuevas dimensiones de tiempo y espacio con la expansión de las nuevas tecnologías de la comunicación que abren tantas oportunidades y tantos riesgos para la interactividad humana.

Acabamos de ser testigos de lo que ocurre cuando se margina a la cultura de las preocupaciones primordiales de la política. El terrorismo que llevó al asesinato de 6,500 personas, muchas de ellas mexicanas, en nombre de un ideal religioso, tiene una dimensión cultural que es necesario entender y enmarcar en políticas no bélicas de negociación y contención.

Es más que evidente que se han creado nuevas condiciones sociopolíticas para de-

finir las pertenencias culturales; están surgiendo nuevas demandas culturales en los distintos grupos de la sociedad mexicana; se han intensificado como nunca en la historia los intercambios culturales; la transmisión, en tiempo real, instantáneo, de imágenes, nos permite ser testigos, como ocurrió con las imágenes terribles del desplome de las torres gemelas de Nueva York, de acontecimientos que se vuelven globales. Para comprender todos estos cambios necesitamos nuevos instrumentos intelectuales y emotivos, nuevos modelos analíticos en el campo cada vez más diversificado de la cultura; necesitamos un arte que exprese y vaya más allá de estas experiencias. Habría que volver a crear un pensamiento original en México sobre la relación entre cultura, arte, comunicación y sociedad.

Digo volver a crear porque México fue uno de los pocos países que durante el siglo XX generó un pensamiento cultural original, referido tanto al arte y a su relación con la política, como con respecto a los pueblos indígenas. Lo original consistió en que la reflexión y las prácticas culturales, fundamentadas en los ideales de una revolución social, se fincaron en las condiciones específicas de un país en desarrollo. No es casual que, todavía hace cinco años, los embajadores de otros países en desarrollo en la UNESCO, me hayan solicitado que les expusiera las ideas principales del vasconcelismo y de las políticas culturales del Estado mexicano. Resulta interesante entender por qué ocurría esta búsqueda. Se trataba, en muchos casos, de formular una posición de defensa cultural frente a lo que se ha percibido en muchos países como el avasallamiento de las culturas tradicionales a través de las industrias culturales transnacionales y de la globalización

* Profesora-investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias UNAM



económica. No entraré aquí en los complejos y contraproducentes resultados de las formas variables de proteccionismo cultural o de los muy peligrosos esencialismos identitarios a los que ha dado lugar esta percepción. Baste señalar que, por muchas razones, la mejor defensa de las culturas e identidades es la libertad de creación y la asociación para lograr formas de producción cultural que se vinculen a un *arco de lealtades mayores*: las comunidades pluriculturales, la nación, las afinidades culturales continentales y la sociedad civil global. Lealtades que, en un mundo globalizado, entretejido por migrantes, por imágenes incesantes, por el multimedia y por Internet, tienen que ser, necesariamente, concordantes.

La pregunta verdaderamente importante es ¿cómo pueden hacerse compatibles, sobre la base de los principios de libertad, democracia y justicia social, la interactividad entre los distintos niveles de identidad y de consumo culturales? De lo que podemos estar seguros es de que la solución no vendrá simplemente por el lado de seguir los aceleres del “fast food”, el “netsurf”, el “zapping” en la televisión, y el “looping” en la música.

En medio del acelerare, la gente quiere entender lo que está haciendo y lo que quiere ser en el futuro. Consumir contenidos culturales no puede ser suficiente: se requiere pensar y crear en la cultura. La Universidad Nacional es la que tiene los recursos necesarios para contribuir a este quehacer.

Hace más compleja esta tarea el que, al mismo tiempo que se han cuestionado los

resultados de la investigación, se estén transformando los instrumentos mismos con los que pensamos sobre la cultura. Me refiero a la teoría científica, a las corrientes de la “deconstrucción” posmoderna, aunque hay quienes dicen que ya se inicia el periodo de la reconstrucción o, en relación con el arte, la disolución de los géneros y, en contenido, lo que algunos críticos de arte llaman “el regreso a lo real”.

También hace más difícil esta tarea la incomprensión total hacia la cultura en el gobierno actual en México.

Todo lo anterior abre la puerta para que la Universidad Nacional, honrando su lema y su historia, tome la iniciativa de propiciar un nuevo pensamiento sobre la cultura y la comunicación en México y una continuación de su vital apoyo a la conservación del patrimonio nacional y a la experimentación artística.

Principales estrategias

Al plantear las principales estrategias para que esta iniciativa de la Universidad como Casa de la Cultura llegue a todos los sectores de la población, será necesariamente esquemática. Se trata de abrir un debate, no de cerrarlo. Diría que, tomando en cuenta las principales tendencias culturales tal y como las captamos en los *Informes Mundiales de Cultura* de la UNESCO, habría que dar prioridad a las siguientes estrategias:

1. Defender sin tregua posible la libertad de creación, de expresión, de cátedra y de acceso a los bienes culturales

En la mesa de Derechos Humanos y Libertades Públicas de la Comisión de Estudio para la Reforma del Estado, de la que tuve el honor de ser presidente, se acordaron, entre otros consensos, los siguientes: preservar los principios de laicidad y neutralidad del Estado mexicano, así como las libertades de conciencia y de expresión en la educación que imparta el Estado, garantizando el principio de igualdad de oportunidades en la educación y para todos los niveles escolares;

garantizar, asimismo, la libertad de expresión y el derecho a la información; establecer el principio de la no-discriminación y formular metas específicas por lo que se refiere a la integración plena e igualitaria de la mujer a la vida económica, social, política y cultural del país.

Dichos principios tendrán que ser defendidos de nuevas maneras en el quehacer cultural y la Universidad Nacional tendrá un papel muy importante que cumplir a este respecto.

En particular, en un contexto de cambio civilizacional acelerado, hay que seguir apoyando, como ya lo ha venido haciendo la UNAM, la búsqueda y experimentación artística, intelectual y social. En el informe de la Comisión Mundial para la Cultura y el Desarrollo anotamos que la creatividad social y política, encapsulada en instituciones caducas, se ha quedado muy por detrás de la creatividad en muchos campos de la cultura y la comunicación.

La libertad de creación resulta vital para encontrar las nuevas soluciones en cuanto a valores éticos, convivencia intercultural, reconstrucción de vínculos sociales y afirmación de un arco de lealtades mayores de los mexicanos. La necesidad de reafirmar el principio de la libertad de creación fue, de hecho, la conclusión mayor de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo, organizada por la UNESCO en Estocolmo, en 1998.

La libertad de cátedra, sobra decir, resulta indispensable para asegurar la continuidad en el desarrollo del conocimiento en las ciencias, eje fundamental de la misión de la Universidad Nacional.

2. Pensar la comunicación como práctica social y política y no como mero intercambio de información

Cabe pensar que, frente a las supuestas “dos culturas” de la tradicional oposición entre ciencias y humanidades, hoy habría que añadir la hipótesis de una tercera: la “cultura de la comunicación”.

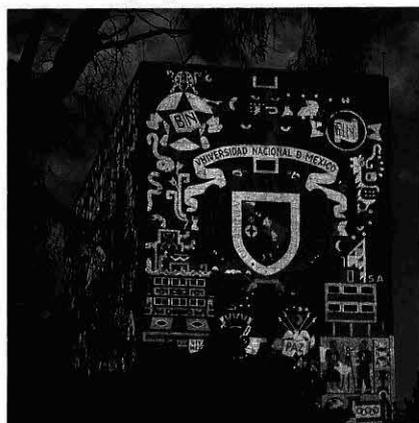


Foto: A. Estrada

La comunicación instantánea que da vuelta sin fronteras alrededor del globo terráqueo, y la comunicación mediática utilizada como principal forma de relación unidireccional en la política, están teniendo consecuencias sociales y políticas inusitadas. Todo indica que en el futuro, en la era de las telecomunicaciones, y la digitalización, la comunicación por la vía tecnológica operará como factor independiente en la transformación de las sociedades.

Resulta indispensable crear los instrumentos teóricos y metodológicos para analizar estas fuerzas y, a la vez, promover que la población, sobre todo los jóvenes, aprendan a dirigir esos instrumentos hacia prácticas tecno-culturales que tengan sentido para la sociedad mexicana.

En todo caso, lo que puede afirmarse es que el futuro de los centros de producción de conocimiento como son las universidades dependerá de la manera en que pensemos y logremos manejar la circulación de la información digitalizada y su impacto sobre la sociedad y el Estado en México.

Como punto de partida, hay que destacar como premisa que toda comunicación a través de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación entraña una relación social y política. El mexicano ha sido siempre un receptor crítico, si no escéptico en muchos casos, de los mensajes de los medios masivos de comunicación y ahora de Internet. Podemos formular la hipótesis de que esta capacidad de distanciarse, efecto, a mi juicio, de la densidad de las prácticas sociales que todavía tenemos en México, permitiría que los valores culturales y visión nacional e histórica de los mexicanos lleguen a permearse los contenidos de estos nuevos medios de comunicación. Esto es, se trataría de lograr que lo cultural, social y político tuviera prioridad en la comunicación, por encima de la frívola representación mediática y del simple intercambio de información que se acumula sin significación.

Para poder empezar a analizar esta problemática se requiere, ante todo, un gran número de estudios y encuestas en estos campos.

3. Repensar la relación entre la estética y la política

Del rico legado histórico mexicano de reflexión sobre la relación entre la estética —entendiendo por ella la invocación de significados o de no-significados a través del arte— y la política hay mucho que decir y construir de nuevo. Es evidente que la respuesta nacionalista y de realismo social que se dio en este debate en la primera mitad del siglo XX, tiene que ser distinta hoy en día. También tiene que matizarse y completarse la rectoría del Estado en la cultura abriéndola de otras maneras a la sociedad y a los artistas.

Se necesita también reformular el debate sobre lo que ha sido la subordinación de la actividad intelectual y artística al diálogo con el poder. Todavía hasta hace poco Gabriel Zaid definía a un intelectual como aquel que dialoga con el poder. Me parece una definición sumamente estrecha. Diría en cambio que el intelectual es quien dialoga con la existencia, con la sociedad, con las narrativas que construyen nuestras vidas y, además, quizá con el Estado. Pero no puede subordinar su indagación solamente a lo que le interesa al Estado.

Hoy que el gobierno se convierte en mera administración, las relaciones sociales y políticas que le otorgan forma y significado a la convivencia de personas y grupos en nuestro país, tendrá que tejerse en otra parte, en las universidades y centros de pensamiento, a través de la estética, las ciencias sociales y humanidades y la reconstrucción de las prácticas culturales.

4. Reivindicar el texto escrito

De la misma manera en que el cine y la televisión no suplantaron al texto como forma de comunicación humana, las nuevas tecnologías de la información y comunicación no lo excluyen e incluso le pueden abrir nuevos campos de circulación. La Universidad tendría que lanzarse a ocupar estos espacios.

Una impresión inmediata sobre Internet nos señala que los textos que en él se escriben tienden a ser superficiales, dispersos y breves. Algunos autores afirman que habrá una degradación del lenguaje y, por

ende, del pensamiento. Sin embargo, al mismo tiempo, el mundo virtual permite colocar los grandes textos literarios y científicos en línea, haciéndolos mucho más accesibles para el público... selecto, claro, de Internet.

Lo que la Universidad Nacional como Casa de la Cultura tendría que reivindicar es que, en contraste, un texto escrito, largamente reflexionado y revisado, permite una profundidad y complejidad de pensamiento que no tiene su equivalente ni en las imágenes del multimedia ni en los mensajes redactados bajo la presión del tiempo virtual. Habría que reivindicar y promover esa producción de pensamiento y de análisis y, de hecho, tratar de "colonizar" la Red Internet con esos textos —lo que también se aplica a las manifestaciones de alta calidad en las artes.

De las estrategias anteriores se derivarían varias líneas de acción. Sin embargo, pienso que el primer paso tiene que ser repensar la agenda cultural de México frente a las inusitadamente nuevas y distintas condiciones que ofrece el mundo, incluso ante los ominosos acontecimientos del 11 de septiembre pasado. Para ello, la UNAM cuenta con investigadores de primera línea que juntos podremos realizar esa tarea tan urgente de revitalización del pensamiento cultural de México.

